

DEL AMBIENTE Y DE LA VIDA CULTURA Y MORALIDAD

En verdad que si algun adivino nos hubiera dicho, profetizando, hace una década, la transformación que a la época presente habría experimentado el mundo, no lo hubiéramos creído ni por asomo. Por que no hay palabras con que ponderar lo excepcional del cambio que ha operado—y se está efectuando aun—en la sociedad de los hombres, en los diversos aspectos de la vida de los mismos.

Hasta las mas fundamentales cuestiones de la sociología; los problemas mas hondos de la Lesgilación; las relaciones inveteradas de las razas; las organizaciones educativas y de administración de los pueblos, todo se ha modificado en los últimos años.

Y no es la modificación, la evolución ésta, por desgracia, encaminada al progreso, al adelanto, a la conquista y dominio de la verdad en sus múltiples aspectos; al culto de la elevada religión que ésta constituye, al decir de los teósofos.

La manifestación, hórrida, descomunal, que de pronto estalló, marcando el comienzo de la mas honda crisis por que pasará la Humanidad, fué la pasada guerra, conflagración que a bien ser continua, ya que, por un lado, aun dura la contienda, de hecho, en algunos países como la Rusia bolchevique, y estando agitadas la casi totalidad de las naciones, de otro, en el imperio mas desenfrenado, ora de recelos y temores, ora de predominio de pasiones, egoismos e intereses; tópicos que también arraigan, de consumo, en determinados países.

Es enorme hasta encajar en la hipérbole el cambio ese que decimos en que se encuentra la sociedad, cambio que afecta de por vida a todas las esferas de la actividad. Parece como que todo un *siglo de luz* como la décima novena centuria fué, había de ser la época en que se elaborasen las fuerzas que *a posteriori*, en breve cuanto que simultáneo tiempo, estallar habían en contienda, efusión de sangre, apartamiento del ideal humano, carestía cuando no carencia de los productos de la materia mas necesarios para la vida del hombre, y calamidades sin cuento mas.

Porque difiere la vida actual mas de lo que parece de la de hace seis, ocho años. En aquel tiempo, de paz octaviana comparado con el presente, no se conocía como ahora el imperio del hambre en algunos países. En la época de que hablamos todos los pueblos trabajaban con lucidez y provecho, aumentando, a la vista, en riquezas y poderío, *cultura y moralidad*. Hace poco mas de media docena de años no había ciudades destruidas, monumentos profanados; no se conocía la escasez ne subsistencias que hoy constituye verdadera plaga, enorme azote para algunos pueblos, y motivo de pobreza para la clase menesterosa de la totalidad; no habían muerto a sangre y fuego doce millones de hombres briosos y juveniles, ni quedado inútiles otros tantos; no había motivo para que la casi totalidad de los pueblos cultos del planeta sintiesen el suplicio de Tántalo que implica el dolor moral de haber provocado y sostenido la contienda mas sangrienta que registra la historia y vieron los siglos, la destrucción más espantosa de que la Humanidad posee recuerdo, en cuya ejecución hubieron de emplear los adelantos de la Ciencia para—haciendo la guerra más criminal, más odiosa—cometer el atentado mas horrendo que imaginarse puede al utilizar para el mal la riqueza de lo únicamen-

te aplicable al bien, a la redacción de la peor de las esclavitudes que es la ignorancia: que no para otra cosa ni para fin distinto son las verdades que descubrimos con la antorcha de Minerva.

La Humanidad padece de *vesania*, diremos. Todo su falso escabel pseudo—científico nos resulta, aplicado a su adelanto, como las coplas de Calainos, al ver que para nada sirven los prodigiosos adelantos de la ciencia de que se jacta el hombre, para asentar su criterio ético. Todos los descubrimientos son inútiles, todas las ventajas, vanas, las proezas de Laboratorio cuanto que las explicaciones doctrinales del aula, anodinas, al ver que por la voluntad de un autócrata o por prejuicios estultos se movilizan millones de hombres y siembrase la muerte y la destrucción por doquier, segando vidas de briosas juventudes, arrasando campos fértiles, dejando inhóspites regiones que fueron emporio de riquezas, y, por fin, hasta profanando artísticos tesoros que debieran ser excluidos de todo atentado, de toda pasión, por pertenecer a la *belleza una y universal*, a lo ancestral desde la antigüedad, a la vista de lo cual no deben tronar los cañones y sí, en cambio, musitar las bocas palabras de respeto y admiración, al par que destocarse las testas y rendirse todas las banderas.

Y es que—como dice mi ilustre amigo Zozaya—los hombres han desarrollado su criterio científico antes que su sentido moral. Es que hay gran desnivel entre lo moral y lo discursivo. Pero hoy creemos que por lo mismo que es apocalíptica la conmoción que estremeció y sigue, en parte, agitando el mundo, ha de ser pronto visto el fin de este estado de cosas; ha de sentarse la verdadera conducta social, por que el escarmiento de los países por sus desaguisados hace acuciar el advenimiento de su verdadera regeneración.

Mala es la guerra, terrible azote de los pueblos; pero es, a lo menos, manifestación de vida. Generalmente los pueblos que la promueven han menester de ella, providencialmente, como dique a sus ambiciones, como motivo de la obtención de sus derechos, cuando que no para el enaltecimiento de su patriotismo, de su integridad moral por parte de los que las sufren.

Mas peor es la paz de *ataraxia* en que se sumen algunas naciones como España, que agena muéstrase siempre a todo avance de las ideas, a toda comunión espiritual con los demás pueblos, a todo concierto tácito de voluntades. Las naciones que guerrean, que se agitan, llegan a asentar su vida sobre los incommovibles cimientos de una sabia organización. No son, empero, así los países que presentan el caso de nuestra patria en la cual a límite tan desenfrenado han llegado los vicios nacionales que de ella se adueñaron: la *abulia* y el *nepotismo*, con sus fatales consecuencias de *incultura, parcialidad y pobreza*, y la cual nación tan agena hállase al movimiento de evolución y de progreso que, por el contrario, en los demás pueblos impera, y que tambien podría aplicar con la oportunidad de la paz, si gobierno y pueblo, cada uno en su diversa forma inherente a su sentido moral, despertasen del *marasmo*. Acaso España haya de dormir todavía, continuando por mas tiempo pequeña y atrasada, por haber sido un día tan grande...

ANGEL DOTOR.

Febrero 1920.